

## *IL GRAN RIFIUTO*

*Noel René Cisneros\**

*Poscia ch'io v'ebbi alcun riconosciuto,  
vidi e conobbi l'ombra di colui  
che fece per viltade il gran rifiuto.*

DANTE ALIGHIERI, *Canto III, Commedia*

Pietro Da Murrone estaba hincado rezando en un rincón de su ermita. Uno de sus discípulos, Laurencio, tratando de agarrar aire luego de haber subido a la carrera la montaña, entró a la cueva e intentó hablar. Sus compañeros, que resguardaban al santo hombre fundador de la Orden de los Hermanos del Espíritu Santo, le ofrecieron un poco de agua mientras él intentaba darles la buena nueva, pero no alcanzaba resuello.

¿Qué pasa hombre?, ¿qué tienes?, ¿por qué esa agitación? Lo interrogaron, mientras le servían un vaso tras otro de agua. *Pero cálmate, toma aire.* Al fin Laurencio, con la mano apoyada en las paredes de la cripta, se logró apaciguar, se echó el cuarto vaso de agua en la cara y les dijo: *Tenemos Papa, tenemos Papa*, lo decía gritando, llorando casi, de alegría. Sus compañeros sabían que el cónclave llevaba demasiado tiempo—su propio maestro les envió una carta a los cardenales— pero no entendían el porqué de la felicidad, el entusiasmo de su hermano.

*Tenemos Papa, tenemos Papa*, seguía diciendo radiante, estirando la mano hacia la celda de su maestro. Los hermanos entendieron que el electo era Pietro y palidecieron, quedaron unos segundos mudos mientras Laurencio afirmaba con una sonrisa en el rostro. Uno de ellos se llevó la mano a la boca y se echó a reír: carcajadas que colmaron la cueva; el otro empezó a brincar, cerrados los puños.

\*Noel René Cisneros (Cauhtémoc, Chihuahua, 1984) es autor de *Gloria mundi. El nuevo Liber Pontificalis*, ganador del Premio Nacional de Cuento Breve Julio Torri 2015.

El que brincaba se detuvo, tomó del brazo al recién llegado y lo llevó a la celda de Pietro da Murrone. *Maestro, disculpe la intromisión*, dijo al tocar a la puerta, *el hermano Laurencio tiene una noticia*. Incomodado, el santo varón afirmó y luego se levantó de su reclinatorio, su manto estaba marcado en las rodillas por el tiempo que pasaba de hinojos. *Dime, hijo, ¿qué noticia nos traes?* El hermano Laurencio, al darse cuenta de que estaba frente al hombre recién electo Pontífice se sobrecogió; cómo podía dirigirle ahora la palabra. *Hijo...* el santo varón lo miró con sus ojos cristalinos y viejos, esa mirada que años antes lo había convencido de unirse a los Hermanos del Espíritu Santo. *Padre*, dudó un momento, pero debía dar la noticia; *padre ya tenemos Papa*. Pietro se santiguó y miró al techo. *Alabado sea*.

El hermano que había llevado a Laurencio, dándose cuenta de que este no podía decirle la noticia completa, intervino, puesto que su maestro estaba por volver a sus oraciones y se preparaba para arrodillarse: *Padre, no es todo lo que Laurencio tiene que decirle*. Miró a su hermano para que terminara de dar la noticia. *Este... este... el cónclave ya eligió... lo eligieron a usted*.

Pietro da Murrone se desvaneció; los hermanos temieron su muerte, puesto que tardó en volver en sí. Cuando abrió los ojos tenía la mirada perdida, estaba casi inerte sobre el catre; los tres hermanos le echaban aire: uno tenía un vaso de agua en la mano, listo para dárselo en cuanto su maestro la pidiera. Pietro los veía a los tres, luego el crucifijo al pie de su catre, luego sus manos arrugadas y cubiertas de pecas. Al fin vio directo a los ojos a Laurencio. *Hijo, estás seguro de lo que has dicho*. Su cara era la del cordero frente al lobo. *Padre, los cardenales vienen para acá para preguntarle si usted acepta el Solio*. El color volviósele a desvanecer.

*Nos tenemos que ir; tenemos que irnos*, repetía cual niño, tratando de levantarse, sin fuerza. *Vamos a la cueva alta, la del despeñadero, ahí no podrán los cardenales alcanzarnos*. Las manos le temblaban, los ojos se le humedecieron. *Pero, Padre, es el Espíritu Santo quien lo ha elegido*, intervino uno de los hermanos, el que se carcajeó de felicidad. Pietro empezó a llorar. Laurencio le tomó la mano. *Si Dios Nuestro Señor lo eligió, él en su infinita sabiduría, sabe el porqué*, trató de calmarlo. *Pero... soy tan débil*. Temblaba, las lágrimas seguían el curso de las arrugas en su rostro.